



CAPÍTULO XXI

El Monasterio de San Pedro de Arlanza
El templo—Sus ruinas
El Monasterio—La tumba de Mudarra

COMO á legua y media de Covarrubias, por cuidada carretera que pasa bordeando el río, —tendido en la falda de uno de aquellos accidentados cerros que por todas partes surgen y forman la cuenca del Arlanza; dominando por su pintoresca situación el bello panorama que delante de él desarrolla con imponente majestad la naturaleza; surgiendo de entre los riscos escabrosos de la ladera que constituye la margen derecha del precitado río; lleno de recuerdos y de consejas, levántase en

uno de los recodos del mismo, ante la asombrada vista del viajero, grandioso, venerable y solitario edificio, cuya contemplación, si engendra en el ánimo del artista singular deleite por la importancia monumental de alguna parte de la fábrica y por las memorias que encierra y evoca, produce al par invencible tristeza, al considerar la suerte que ha cabido á aquella construcción notable, sin tregua ni piedad combatida en nuestros días por la implacable saña de los hombres y el abandono más injustificado y digno de censura.

Aquél fué el tan celebrado como famoso *Monasterio de San Pedro de Arlanza*, que tanta resonancia obtiene, según quedó ya indicado, en la historia particular de Castilla, enlazada especialmente la suya á la del héroe castellano Fernán González. El río á que debe su nombre le baña por el costado meridional, «pasando juntó á la fábrica y teniendo allí una pesquera para surtir un molino, la cual forma una especie de cascada que, con el murmullo de sus aguas y con los árboles que éstas fertilizan en sus orillas, despiertan—dice Flórez—el oído y la vista, para alzar la consideración sobre la tierra, pues ésta no se ve allí, teniendo por todos lados unas montañas que sólo dejan el cielo descubierto.» «No hay más población—añade—que el *Monasterio*, ni sitio para lugar entre las cuestas: mas en tanta soledad pueblan el aire sobre el río unas avecillas de aviones que forman sus nidos en el claustro, y con sus continuos giros por el estrecho sitio que franquearon las montañas al río causan inocente recreo de no ver más que agua, árboles, avecillas y cielo» (1).

Fruto abigarrado y laborioso de edades que pasaron, ofrece en su conjunto el *Monasterio* mezcladas y confundidas las manifestaciones peculiares de aquellas, sin que al primer golpe de vista sea dable acertar, en medio de los anacronismos que al parecer resultan, con la época propia y determinada en que hubo, cual miembro más principal é interesante, de ser erigida

(1) *España Sagrada*, t. XXVII, pág. 41.

la fábrica de la iglesia; pues mientras en unas partes se declara, sin género alguno de duda, proclamando corresponder á momentos especiales y caracterizados, en otras el ánimo se inclina á la vacilación, obligando á llevar el momento de la construcción del templo á diversos períodos más inmediatos á nosotros. ¡De tal manera se han confundido y compenetrado, si cabe así decirlo, los elementos artísticos de unos y otros tiempos, y tantas han sido las reformas que á partir de su fundación ha experimentado aquella santa casa!

Desde el pretil que ciñe la fachada lateral del Norte, descúbrese erguido cuadrado torreón de tostados sillares, que avanza sobre el perímetro de la fábrica su gallarda mole, desmochada y provista de humilde cubierta, en la cual crecen lozanas vistosas plantas á modo de penachos. Formada de dos únicos cuerpos de diferente altura é importancia, muéstrase exornada en el inferior por esbeltas arcaturas ojivales, practicables acaso en un principio, cuyas pometadas archivoltas apoyan sobre salientes impostas de carácter tan distinto al que revela en su conjunto el presente miembro, conocidamente fruto de la XV.^a centuria, que se hace preciso grande esfuerzo para comprender cómo y en qué forma pudieron darse en tan marcada conmixtión los trazos ojivales con aquellos exornos de dibujo, acento y tecnicismo propios del estilo predominante aún en la centuria XI.^a, y que tan íntimamente se muestran enlazados con el cuerpo de la primitiva iglesia que, por este lado septentrional de la existente, aparece seccionado en dos partes á una y otra de la presente torre. La explicación sin embargo, ocurrese en cuanto se medita acerca de tamaña particularidad, sin que para ello sea necesario acudir al expediente, fácil y cómodo, pero inadmisible de todo punto, de suponer en los constructores de aquellos tiempos, cual lo sospecha vehementemente uno de los más activos escritores burgaleses, tantas veces consultado por nosotros, la aspiración á imitar los gustos antiguos y ya perdidos, «procurando sostener entre los pueblos el concepto de esa ancianidad

venerable, que las tradiciones históricas velan con la nube del misterio, para confundir sus extremos y extraviar en el camino que á ellos guía á la incrédula rivalidad hija del fanatismo y las pasiones» (1).

Labradas las impostas referidas con sujeción á las tradiciones *latino-bizantinas*, tan vigorosas y potentes, cual veremos, en el celebrado claustro del *Monasterio de Silos*,—si bien es cierto que se acomodan en la distribución de sus contornos y en las dimensiones á las arcaturas ojivales que sobre ellas fingen apoyarse, hasta el punto de que parezcan trabajadas para las mismas, adviértese no sin asombro, dado este supuesto y conocida la acreditada pericia de los constructores del siglo xv, que, obstruido el vano de los arquillos por los cuales aparecen decorados los tres frentes de la torre, por un muro de sillería no construido—cual lo están los muros de este miembro,—como prolongación de las impostas y constituyendo el tímpano de los mencionados arquillos, corra de una á otra de aquellas un friso exactamente igual, pero cuyo despiece no coincide en la continuidad del dibujo con la construcción, interrumpido aquél con sobrada frecuencia y apuestos los frisos de manera que no existe trabazón alguna entre ellos y las impostas sobredichas. Semejante circunstancia, unida al carácter que en todos los miembros de la torre resplandece, es segura indicación para comprender que los constructores del siglo xv utilizaron, en no escaso número, los restos de la antigua, si existió, ó de la fábrica que allí se levantase y fué reemplazada por la gallarda torre subsistente.

Separado por saliente faja que apoya por los ángulos en delgadas columnas, cuyos fustes miden la total altura del cuerpo inferior ya mencionado,—el superior, de menores dimensiones, muéstrase perforado en cada frente por una sola fenestra prolongada, desprovista de exornos, mientras ostenta en la parte

(1) MONGE, *El Monasterio de San Pedro de Arlanza (Semanao Pintoresco Español*, tomo de 1847, pág. 234).

superior de las aristas del rectángulo que forma la torre sendos escudos blasonados. Intestando ó, por mejor decir, continuando en pos de la sección verificada en la primitiva fábrica por la torre, á la una y á la otra parte de la misma tiéndese la nave del Evangelio, conservando en el exterior su característica estructura, circunstancia por la cual es dado hoy apreciar la antigüedad de la fábrica. Cubierta de tejas, entre las cuales han surgido multitud de plantas y aun algún arbusto, cuyas raíces, como poderosos y destructores tentáculos buscan las juntas de las piedras para crecer y desarrollarse, ofrécese en su zona superior recorrida por vistoso tejeroz ó alero de pronunciada labor ajedrezada, tan común y frecuente en los monumentos de la misma época (1); resaltados canecillos de escalonada labra reciben el friso del tejeroz, y por bajo de ellos, hasta el ábside circular de la nave, se hace una serie de arquillos volantes casi de medio punto, aunque algún tanto peraltados, que nunca se apoyaron en columnas y que producen el mejor efecto. Hasta cerca de una mitad de su altura corre un friso moldurado, sobre el cual se abrieron sendas fenestras de traza que nada tiene de ojival, y que actualmente aparecen tapiadas, decorando á trechos regulares esta fachada columnas de más gruesos y cortos fustes, con salientes basas, que insisten hasta el nivel del suelo, hoy obstruido por la maleza, en otros fustes de mayor diámetro todavía.

Á los pies de la nave, en la parte próxima al ocaso, conforme la orientación del templo, hácese larga escalinata, hoy casi totalmente destruída, resguardada un tiempo por humilde cobertizo, hundido en la actualidad, que ha sembrado de cascajo el suelo; y allí, produciendo verdadero encanto con sus prolijas y bellas entalladuras, y prometiendo desaparecer en breve reducida á dolorosos escombros,—se descubre hermosísima portada, ante la cual desaparecen toda duda y toda vacilación, si las enseñanzas

(1) El discreto Monge, sin embargo, observa con visible error que este género de exorno era «nada común entre tantos, dice, como hemos tenido ocasión de estudiar» (*Seman. Pint. Esp.*, t. cit. pág. 234).

del lienzo foral de la nave del Evangelio no hubiesen por ventura conseguido desterrar aquellas. Nada hay de mayor suntuosidad y riqueza que las labores características esculpidas diestramente en la piedra, y por las cuales aparece convertida esta suntuosa portada en delicado encaje; nada que pueda dar más acabada idea de la cultura conseguida por Castilla en aquellas remotas edades, tan calumniadas á la continua y que producían casi al propio tiempo monumentos de la importancia de que se hallan revestidos los *Monasterios de Silos y de Arlanza*. No habremos de intentar su descripción, que empeño vano sería, por no ser en modo alguno cumplidero formar por medio de la palabra juicio de la riqueza allí atesorada; pero sí habremos de llamar repetidamente la atención del Estado, á quien la desmoronada iglesia pertenece, para que, volviendo los ojos hacia aquella tan peregrina joya de nuestra historia artística, procure salvarla del riesgo inminente con que el abandono en que gime la amenaza.

De superior elevación la nave real ó mayor, levanta sobre la del Evangelio el muro foral, en el que se hacen reparables dos circunstancias desde el exterior, no para olvidadas: es la primera la de que, hasta un tercio de su altura, la construcción obedece y sigue el sistema de aparejo que se advierte en la nave inferior del Evangelio, mientras que desde tal punto la construcción aparece más descuidada, indicando así dos épocas distintas; la segunda es la de que, perforando el lienzo, aunque tapiada hoy por sillares, se abre en él una línea de ventanas ojivales del siglo xv, con las cuales concierta el friso apometado que descansa en salientes y escalonados canecillos, surgiendo sobre la fábrica, así dispuesta, los desamparados muros del crucero ó linterna, que no fué concluído, provistos de ventanas gemelas ojivales de la misma época, á través de las cuales y por entre el trebolado encaje que las exorna, penetran las azuladas tintas del espacio, produciendo melancólicos efectos.

Insertando en el ábside de la nave mayor, prosigue hacia Levante la fábrica del *Monasterio*, obra ya del siglo xvii, la cual

continúa por el Ocaso, para formar ángulo recto con los pies de la iglesia; y descendiendo por la rápida pendiente que guía y conduce á la margen del Arlanza, descúbrese por este lado septentrional la piramidal chimenea de la cocina del *Monasterio*, labrada el año de 1787 según declara la inscripción allí grabada, y la fachada del edificio, propiedad hoy éste del señor marqués de Arlanza y de don Agustín Barbadillo. Severo, sombrío, desprovisto de elegancia, obedeciendo en la construcción las prescripciones del gusto reinante en la época en que fué construído, nada ofrece de particular este lienzo, así como tampoco la portería, vasta pieza desmantelada, en pos de la cual se abre el claustro procesional, íntegro y estimable, aunque su fábrica dista mucho de la de la iglesia. Compuesto de dos cuerpos y sometido á las leyes de la simetría, tan respetadas por Herrera y sus sucesores al reformar aquél la eximia gallardía del estilo plateresco, puede no sin razón ser el presente claustro reputado, como el patio de *San Benito* en Valladolid, cual muestra y ejemplo de aquel nuevo sistema ornamental que debía trocar en breve la severidad de sus líneas greco-romanas por las exageraciones y ridiculeces de Bramante, Borromino y Churriguera.

Hoy, la soledad del claustro, en cuya ala oriental y esculpida sobre el entablamento, se lee en dos líneas la letra ACABÓSE ESTE CLAVSTRO Á 2 DE || IVNIO DE 1617,—se halla hacia el costado meridional turbada por las familias que viven en la antigua benedictina casa, viéndose el ángulo NO. interceptado por los escombros de las bóvedas del templo, los cuales han rebasado la línea de la iglesia, desbordándose cual amenaza elocuente y dolorosa hasta esta parte, más moderna y mejor conservada por el interés particular, como quejándose del punible abandono en que se ofrece el templo. Frondosos árboles, lozana vegetación herbórea llena el patio, en cuyo centro se levanta, formada de dos cuerpos, la marmórea fuente que aún continúa derramando el agua cristalina, allí tan abundante, y á cuya taza se mira íntimamente abrazado, cubriéndola de verde y exuberante follaje, re-

cios arbustos crecidos al acaso y al amor de la humedad y de la fresca sombra.

La fábula, la tradición y la conseja que con tantas y tan bellas creaciones han enriquecido las letras españolas, ganando lisonjeras y halagando falaces la candidez de aquellos santos varones para quienes fué labrado el *Monasterio*,—acogidas con amor en aquel sagrado recinto, osténtanse vigorosas en el siguiente epígrafe, que aparece empotrado en el muro del ala occidental del claustro, y cuyo contexto hará sin duda sospechar á alguno de aquellos investigadores de la antigüedad, para quienes todo epígrafe se halla sin discusión adornado de virtudes excepcionales, que se encuentra en presencia de un documento nuevo, desconocido é irrefutable:

AQUI YAZE BELASCO Q. FVE VNO DE LOS DOS CABALLEROS VELASCOS HR̄S QVE ARMO CABALLERO EL CONDE FERNAN GONÇALEZ EL DIA QVE DIO LA BATALLA AL RREY ALMANZOR EN ACINAS LOS QVALES YBAN CON LA MISMA PERSONA DEL CONDE EN LA BATALLA QVE EL YBA.

Notando sólo que el epígrafe es de la época del claustro ó posterior á él, es decir, que corresponde al momento en el cual tanta y tan subida importancia habían cobrado las fantásticas tradiciones de nuestra historia, dedúcese el crédito que semejante testimonio merece, tanto más si se tiene en cuenta las indicaciones sobre el orden de caballería que hasta el siglo XII no adquiere verdadero ascendiente, y que el famoso caudillo de los días de Hixém II, Mohámmad Abi-Amér *Al-Manzor*, comienza su militar carrera precisamente cuando bajaba al sepulcro el libertador de Castilla y su primer Conde independiente Fernán González (1).

Más allá, en el ángulo NO. de la misma ala del claustro, inmediato á la puerta barroca y de mal gusto que, correspondiendo ya á los postreros días de la XVII.^a centuria, se abre en

(1) Véase los capítulos III y IV de este libro.

el ala del septentrión y da paso á la derruída iglesia, osténtase un monumento de altísima importancia y de verdadero interés, que ha sido de muy diverso modo reputado por los escritores, pero que es digno de ser conservado y estudiado como ejemplar valioso del arte arquitectónico en la época á que pertenece. Constitúyelo un sepulcro, ó, por mejor decir, un arco sepulcral, que forma un todo completo, armónico y elegante, y que cautiva desde el primer momento la atención del viajero y del artista: avanzando sobre el plano general del muro, á que se muestra adosado, su zona superior se halla compuesta por saliente friso de orientales y graciosas palmas, delicadamente labradas en bisante, el cual apoya en pronunciados canecillos de igual estructura y de trazado idéntico al de los del exterior de la nave del Evangelio ya citada, con excepción del tercero del lado de la izquierda, en el que resalta la cabeza caprichosa de un monstruo, llenando los espacios intermedios, á manera de tabicas, recuadradas tablas de la misma piedra, con relieves todas ellas de animales fantásticos, alados en las dos de los extremos y en la del centro y con el santo símbolo de la redención humana en las cuatro restantes, pues su número no excede del de siete.

Limpia y gallarda, dibújase en pos la curva de un arco de medio punto, cuya resaltada periferia decoran por modo peregrino las mismas palmas del friso superior, y cuya archivolta, moviéndose con desembarazo, forma calado festón de lóbulos ultrasemicirculares, bajo el cual, y en otro interior plano, se extiende sencilla moldura, acompañada de vistosa franja, compuesta por dos cintas ondulantes que se entrecortan y enlazan á la manera oriental, y siguen en su desarrollo con la moldura referida el movimiento de la archivolta, abriéndose ya en este plano interior dos arquillos gemelos en forma de aximéz, cuya periferia recorre un vástago serpeante y cuya archivolta constituyen cuatro lóbulos calados de traza semejante, aunque de menores dimensiones que los del festón del arco exterior, por